

Conciertos de Abono

CONCIERTO 1 LA OCTAVA DE BRUCKNER

ANTON BRUCKNER (1824-1896)
Sinfonía N° 8 en Do menor (1887, revisada en 1890)

- I. Allegro moderato
- II. Scherzo: Allegro moderato;
Trio: Langsam [Lento]
- III. Adagio: Feierlich langsam;
[Solemnemente lento]
- IV. Finale: Feierlich, nicht schnell
[Solemne, no rápido]

ORQUESTA DE CÓRDOBA
Carlos Domínguez-Nieto, director

Con la colaboración de la
Orquesta Joven de Córdoba
David Fernández Caravaca, director

No está permitido tomar fotografías ni vídeos durante la actuación. Por favor, no molestes a otros espectadores con la pantalla de tu móvil en el concierto. "Asegúrate de que permanezca en silencio durante toda la actuación".

PRÓXIMO CONCIERTO DE ABONO ANIVERSARIO LA ORQUESTA CUMPLE 30 AÑOS

JUE 20 OCTUBRE 2022
Gran Teatro de Córdoba, a las 20:00 h.

Obras de Copland, Beethoven, Rodrigo, Gerhard y Britten.

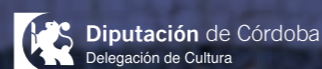
PROGRAMA

CONCIERTO 1 DE ABONO
**LA OCTAVA DE
BRUCKNER**

JUE 6 y VIE 7 OCTUBRE 2022
Gran Teatro de Córdoba, a las 20:00 h.

**ORQUESTA
DE CÓRDOBA**
**30
AÑOS**

**ORQUESTA
DE CÓRDOBA**



temporada
2022 - 2023

Director titular y artístico
Carlos Domínguez-Nieto

Abrimos la temporada 2022 / 23 con una obra monumental en los atriles: la Octava Sinfonía de Bruckner, su mayor creación sinfónica. Con nuestro director titular y artístico en el podio, Carlos Domínguez-Nieto, nos sumergimos en la apasionante masa sonora y en la vasta construcción de esta sinfonía. Tras un largo proceso compositivo, Bruckner alumbró la exitosa forma final de la obra, con la que esta vez viajamos al Valhalla.



Carlos Domínguez-Nieto



David Fernández Caravaca



Orquesta Joven de Córdoba

CARLOS DOMÍNGUEZ-NIETO

Ha sido Director Titular del Teatro de Ópera de Eisenach y de la Ópera de Cámara de Múnich de la que actualmente es el Principal Director Invitado. Dirige con regularidad varias de las más importantes orquestas alemanas y austríacas incluidas la WDR-Sinfonieorchester y la Gürzenich Orchester Köln en Colonia, la Bruckner Orchester Linz, la Berliner Symphoniker, la Münchner Philharmoniker, Münchner Symphoniker y Münchner Rundfunkorchester en Múnich.

Es Director Titular y Artístico de la Orquesta de Córdoba desde la temporada 2018-2019, con la que ha logrado alcanzar un nivel artístico y social ampliamente reconocido.

DAVID FERNÁNDEZ CARAVACA

Nacido en Córdoba en 1995, inicia a los ocho años sus estudios musicales en la especialidad de viola. Forma parte del Programa de Simultaneidad del CPM "Músico Ziryab", obteniendo el Premio Nacional de Bachillerato. Concluye su formación violística en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, donde se gradúa en 2017 con Matrícula de Honor.

ORQUESTA JOVEN DE CÓRDOBA

La Orquesta Joven de Córdoba fue fundada en el año 2012 por un grupo de estudiantes de la capital y desde entonces ha logrado convertirse en una referencia a nivel nacional entre los proyectos dedicados a la pedagogía orquestal. El objetivo principal del proyecto es dotar de formación y experiencia orquestal a los jóvenes músicos, además de servir como puente entre los estudios académicos y la vida profesional de estos músicos.

Durante estos diez años de intensa actividad, la orquesta ha ofrecido numerosos conciertos en los diferentes ciclos, festivales y escenarios de la ciudad de Córdoba y su provincia, abordando un repertorio que abarca desde música del barroco hasta obras contemporáneas.



Bruckner y sus críticos, por Otto Böhlér (1847 - 1913)

ANTON BRUCKNER

* Ansfelden 1824

† Viena 1896

COMPOSICIÓN Primera versión: 1884-1887; la versión revisada data de 1890. **ESTRENO** 18 de diciembre de 1892 en Viena (Austria), por la Filarmónica de Viena con Hans Richter como director. **DEDICATARIO** Emperador Francisco José I de Austria.

Extraordinaria "boa constrictor"

Algunos dicen que fue Gustav Mahler, mientras otros afirman que era el director de orquesta Hans von Bülow quien describió en una ocasión a Anton Bruckner (1824-1896) como "mitad genio, mitad simplón". Al parecer tenía un acusado acento rural que, junto a un porte de campesino, revelaba sus orígenes modestos en la Alta Austria. A ello se sumaba su torpeza social, sus repentinos ataques de aritmomanía (un trastorno que le llevaba a contar compulsivamente hasta las hojas de los árboles), una frustrada inclinación por las muchachas más jóvenes que él, y un interés macabro en los cadáveres... rasgos que no contribuyeron a que encajara en la refinada e intelectual ciudad del Danubio del siglo XIX.

Si por todo lo anterior ya debía ser un blanco fácil para algunos vieneses, lo fue más aún tras verse envuelto en la polémica que enfrentaba a los partidarios de Wagner con los de Brahms. Dedicó al primero su *Tercera Sinfonía*, y aunque no lo hubiera hecho, la monumentalidad,

el fervor expresivo y la complejidad armónica de sus sinfonías le delataban como miembro del bando wagneriano. En el otro lado se atrincheraban las obras de Brahms, apegadas a los cánones estilísticos tradicionales, y erigiendo a su compositor como representante de la alta burguesía vienesa. Sus acólitos, con el crítico musical Eduard Hanslick a la cabeza, lo tuvieron claro: se convirtieron en declarados detractores del arte sinfónico de Bruckner.

No fue hasta 1866, pasados los cuarenta, cuando escribió su primera sinfonía. Para que se hagan una idea: con esa edad Haydn había creado casi cincuenta, y otros compositores como Mozart y Schubert (que murieron antes de alcanzarla) contaban, respectivamente, con cuarenta y una, y nueve sinfonías. ¿A qué se debía semejante demora? Hasta entonces Bruckner, católico devoto, se había dedicado a la música religiosa; el órgano y la enseñanza ocuparon todo su tiempo.

Con la *Séptima Sinfonía* (Leipzig, 1884) vino el primer gran éxito de Bruckner y el impulso definitivo para embarcarse en la composición de la *Octava*. Los tres años que tardó en escribirla se debieron en buena medida a sus ocupaciones como profesor en la Universidad y el Conservatorio de Viena. Cuentan que, tras rematar el gigantesco final, exclamó emocionado: "¡Es el movimiento más significativo de mi vida!". Pero el director de orquesta Hermann Levi no lo tuvo tan claro. Se vio incapaz de dirigir la sinfonía, y ni siquiera el recuerdo de su gran éxito con la *Séptima* en Múnich, le hizo cambiar de opinión. "La instrumentación me parece imposible... El comienzo del primer movimiento

es grandioso, pero con el desarrollo no sé por dónde empezar... El último movimiento es para mí un libro cerrado", confesaba Levi a su amigo Josef Schalk. Bruckner volvió sobre la *Octava*: cambió la coda del primer movimiento, rehízo el Trío e introdujo modificaciones considerables en el *Adagio*. En 1890 cerró la nueva versión y, antes de hacerlo, escribió al emperador Francisco José I de Austria pidiéndole permiso para dedicársela. Se lo dio, junto a 3.000 florines para cubrir los gastos de su publicación.

Por fin llegó el día del estreno, el 18 de diciembre de 1892, finalmente bajo la batuta de Hans Richter dirigiendo a la Filarmónica de Viena. Entre el público se vieron rostros conocidos como Johann Strauss, Hugo Wolf o el propio Johannes Brahms, junto a partidarios y detractores de la música de Bruckner. La ovación fue casi unánime. Wolf escribió fascinado a un amigo: "es la creación de un titán y supera a las otras sinfonías del maestro en alcance intelectual, genialidad y grandeza". Hasta el mismísimo Eduard Hanslick, pese a la ojeriza que tenía a la música de Bruckner, tuvo que reconocer a regañadientes algunos méritos de la *Octava*: "La peculiaridad de esta obra consiste, por decirlo brevemente, en importar el estilo dramático de Wagner a la sinfonía... En cada uno de los cuatro movimientos, especialmente en el primero y el tercero, brillan algunos pasajes interesantes, destellos de genialidad, ¡si el resto no estuviera allí!".

Hoy, la *Octava* de Bruckner sigue siendo una obra controvertida, en buena medida porque plantea un reto al público: dejarse sumergir en la angustiosa oscuridad de su comienzo y abandonarse ante la contemplación de una intimidante "catedral sinfónica", construida no sobre pilares sólidos, sino en arenas movedizas. Su duración (aprox. 80 minutos) resulta extraordinaria. No en vano, Brahms solía llamar a las sinfonías brucknerianas como "boas constrictoras" a causa de su longitud y prolijidad.

Si por sus materiales sonoros podríamos calificar a la *Octava* de wagneriana, coincidiendo con Hanslick, por su arquitectura nos remite a Beethoven. El primer movimiento, *Allegro moderato*, adopta la forma sonata (exposición-desarrollo-recapitulación) y se sustenta en tres temas que pasarán por un proceso continuo de alternancia, combinación y evolución, en una inespera-

da inestabilidad armónica. El tema principal lo presentan al comienzo violas, violonchelos y contrabajos, y a los melómanos quizás les recuerde rítmicamente al del movimiento de apertura de la *Novena* de Beethoven. Merece la pena destacar el gran clímax de la recapitulación, donde aparece de nuevo, pero en esta ocasión de la mano de una fanfarria de metales que parecen "martillarlos". Bruckner llamó a este episodio "el anuncio de la muerte" y, no por casualidad, le sucede un emudecido final.

El *Scherzo*, que ocupa el segundo movimiento (algo inusual que también encontramos en la *Novena* de Beethoven), se identifica por un motivo recurrente de cinco notas que, según el propio Bruckner, encarna a la figura del "deutscher Michel" (literalmente, "el Miguel alemán"), una personificación campechana del pueblo teutón. Su atributo más característico era su gorro de dormir, y la sección del trío, con el sonido del arpa, retrataría a Michel soñando.

La extraordinaria longitud del *Adagio* (uno de los más largos y lentos de todo el repertorio sinfónico) lo convierte en la parte central de la *Octava*. Bruckner estaba particularmente orgulloso de este movimiento. "Esfera de calma, solemne sublimidad", así lo describía Josef Schalk en el programa de mano de su estreno. Algunos han visto en el *Adagio* destellos de la religiosidad del compositor.

Nada diría Bruckner de las ideas extramusicales que lo sustentaron, pero sí hablaría de las del *Finale*, cuyo poderoso inicio a cargo de los metales simboliza la reunión del emperador (dedicataria de la *Octava*), el zar Alejandro III y el káiser Guillermo I de Alemania en Skierniewice en 1884. Su esquema de nuevo deriva de la forma sonata, pero aquí el diseño temático y tonal es notablemente más libre. La coda, en una triunfante conclusión, transita por todos los temas principales de la sinfonía.

Una "catedral sinfónica" imponente, podríamos llamar a la *Octava* de Bruckner, o quizá, una "boa constrictor" siguiendo a Brahms, pero no porque resulte amenazadora, sino admirable y extraordinariamente majestuosa.